LA ATLÁNTIDA Y LA ÚLTIMA TULE.

Exposición formada por el que suscribe para presentarla al Congreso Internacional de Americanistas que se reunirá en la ciudad de México el próximo mes de Octubre.

I

El Relato de Platón.

En un opúsculo que publiqué en esta ciudad el año de 1887 y fué reimpreso en el de 1892, titulado "Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa," traté de probar que el origen de las tribus nahoas que pasaron por el actual Estado de Sinaloa y llegaron á establecerse en el Valle de México, procedía de la Atlántida, isla inmensa situada entre los continentes de Europa y Africa por un lado, y el de América por el otro. Me apoyaba para ese efecto en la etimología recta, y para mí inequívoca, de esa palabra que se deriva de la de Atlatlan ó de su síncopa Atlan, degeneradas por el curso de los tiempos en Aztatlan ó Aztlan, y en la inteligencia genuina del primero de los jeroglíficos que contienen la narración del viaje de aquellas tribus y que se ven en lo que se llama Tira del Museo, porque esta es la forma del documento relativo que se conserva en dicho establecimiento.

Entonces aun no había yo leído á Platón en los diálogos de Timeo y de Critias, donde se hace una descripción de la famosa isla, se reseña, aunque brevísimamente, su historia y se apunta su desaparición bajo las olas del Mar Atlántico, que así ha venido á quedar heredero de su nombre y depositario de sus misterios, hasta que otra conmoción geológica acaso la haga resurgir del fondo del abismo. Pero al leer á dicho autor, me he apercibido de multitud de circunstancias que han disipado en mí toda vacilación, y me veo precisado á proclamar altamente, que ha existido sin duda alguna la Atlántida, y que ella fué la cuna de nuestros ascendientes los aztecas, así como también de muchos de los pueblos primitivos de Europa, cuyo origen no puede explicarse si no es por esa procedencia.

Como base del presente estudio, comenzaré por copiar un párrafo del libro en que se contiene la historia que nos trasmite el sabio que acabo de citar, recogida por Solón en su viaje á Egipto de labios de los sacerdotes de Sais que la guardaban en sus antigüedades: esto sea sin perjuicio de referirme en su oportunidad á otras partes del mismo Relato, para llevar á cabo la demostración que me propongo. Dice así en Timeo:

"Pero en la multitud de hazañas que honran á vuestra ciudad (habla el más anciano de los sacerdotes á Solón), que están consignadas en nuestros libros y que nosotros admiramos, hay una más grande que todas las otras y que atestigua una virtud extraordinaria. Nuestros libros refieren de qué manera Atenas destruyó un poderoso ejército que, partido del Mar Atlántico, invadía insolentemente la Europa y el Asia. Porque entonces sí se podía atravesar este océano. En efecto, en él se encontraba una isla situada enfrente del estrecho que en vuestra lengua llamais las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que la Libia y el Asia reunidas; los navegantes pasaban de ella á las otras islas, y de éstas al continente que limita á dicho océano, verdaderamente digno de este nombre. Porque todo lo que está más acá del estrecho de que hemos hablado, parece un puerto de angosta entrada, mientras que el resto es

un verdadero mar, así como la tierra que le rodea tiene todos los títulos á ser llamada continente.

"Mas en esta isla Atlántida los reyes habían formado una grande y maravillosa potencia que dominaba á la isla entera, á muchas otras y aun á varias partes de la tierra firme. Además, de este lado del estrecho también eran dueños de la Libia hasta el Egipto, y de la Europa hasta la Tyrrhenia. Pues bien, esta vasta potencia, reuniendo todas sus fuerzas, emprendió un día avasallar de un solo golpe nuestro país, el vuestro y todos los pueblos situados de este lado del estrecho. Y es en estas circunstancias, oh Solón, que vuestra ciudad hizo brillar bajo todos respectos su valor y su poder. Ella sobresalía entre todos los pueblos vecinos por su magnanimidad y por su pericia en el arte de la guerra: á la cabeza de los griegos en un principio, y después sola por la defección de sus aliados, arrostró los mayores peligros, triunfó de los invasores, erigió trofeos, preservó de la esclavitud á los pueblos que aun no estaban sojuzgados, y devolvió la libertad absolutamente á todos los demás situados más acá de las Columnas de Hércules. Pero en los tiempos ulteriores, hubo grandes temblores de tierra é inundaciones, y en un solo día y una sola noche fatal, cuantos guerreros había entre vosotros, se hundieron á la vez en la tierra entreabierta; la isla Atlántida también desapareció bajo el mar, y esta es la razón por qué hoy día no se puede aún recorrer ni explorar este mar, pues la navegación encuentra un obstáculo insuperable en la cantidad de fango que la isla ha dejado al abismarse."

El Relato de Platón, uno de cuyos párrafos más importantes acabo de transcribir, podrá contener algunas inexactitudes, puesto que nos trasmite una tradición que ha pasado de pueblo á pueblo, de idioma á idioma y de una época á otras muy lejanas de la primera, dejando quizá en varias de sus trasmisiones algún error ó confusión que no siempre la crítica alcance á rectificar. Pero, á mi juicio, él debe ser admitido como cierto, si, á pesar de esas dificultades, pueden racionalmente concordarse los hechos de que se ocupa, sin incurrir en contradic-

ciones ó absurdos. Aun en las historias reputadas por más verídicas acontece lo mismo; si ellas lo son en el fondo, á veces adolecen de inexactitud en los detalles.

Desde luego voy á ocuparme de probar la existencia real de la Atlántida en siglos muy remotos; en seguida resolveré las dificultades que parecen contradecirla; y finalmente demostraré que la Ultima Tule se hallaba en dicha isla y debió quedar envuelta en la misma desgracia. Mas al ir á exponer las razones en que me fundo, debo declarar, que algunas son hijas de mi propia observación, y otras, confirmando las primeras, las encuentro en varios escritores que han tratado esta materia por extenso. Conviene también hacer la advertencia de que las fechas que he de citar, caen en tiempos anteriores á la Era Cristiana, y por lo tanto no habrá necesidad de repetirlo en cada caso que se ofrezca.

II

Cómo se fundó el gobierno de la Atlántida.—Etimología de la palabra.—Su conformidad con el jeroglífico de la peregrinación azteca.—Chicomoztoc.

Veamos cómo se fundó el gobierno atlántico. Platón refiere que cuando los dioses se repartieron entre sí el dominio de la tierra, tocó á Neptuno establecerse en la isla mencionada. No debe parecer extraño que los moradores hubiesen querido dignificar su propio origen, haciéndolo descender de un dios del mar, pues marítimo era el país qué éste iba á gobernar. En mi sentir, los dioses de la antigüedad no eran, en su mayor parte, otra cosa que hombres extraordinarios elevados á la veneración popular por sus hechos ó cualidades remarcables, superiores á los del común de las gentes. Los antiguos, en su ignorancia, divinizaban á los animales y aun á los objetos inanimados. ¡Qué mucho que lo hiciesen también con los hombres que por algún mérito ú otra circunstancia especial habían excitado su admiración!

En medio de la Atlántida, hacia la orilla del mar, había una inmensa y hermosa llanura, en cuyo centro estaba una montaña muy poco elevada, donde vivía Evenor con su mujer Leucipa y su hija única Clito. Esta era núbil cuando murieron sus padres, y Neptuno la tomó por esposa, fortificó la colina donde ella vivía, aislándola en todo su derredor, construyó recintos circulares de mar y tierra alternativamente, grandes y pequeños, dos de tierra y tres de mar, de modo que todas sus partes se encontrasen á igual distancia del centro. Así hizo inaccesible la isla nueva que había formado en medio de la otra, y la ador-

nó embelleciéndola por los medios que en sus manos ponía su gran poder é inteligencia.

Sucesivamente tuvo de Clito cinco parejas de hijos varones, á cada uno de los cuales dió á gobernar como jefes una parte de la isla entera, aplicando al mayor de la primera pareja la habitación de su madre con toda la comarca de los alrededores, la más vasta y rica del país, y haciéndolo rey sobre todos sus hermanos. Los nombres de las cinco parejas eran: *Atlas* y *Eumele* (en lengua atlántica *Gadir*); *Ampheres* y *Euemon; Mneseo* y *Autochtono; Elasipo* y *Mestor; Azaes* y *Diaprepres.*

Al escuchar estos nombres y los demás de que en la presente narración se hace uso, lo primero que se nota es, que casi todos sean del habla griega, como si griegos fueran los personajes, así como el país y el asunto de que se trataba, en vez de usarse de los indígenas correspondientes. Pero Critias, que habla en el Relato de Platón, previene toda sorpresa diciendo, que los egipcios, primeros autores de él, los habían traducido á su misma lengua, y á su vez Solón, buscando la significación de cada uno, los escribió en la suya, que era la griega.

Así se explica por qué la Atlántida, como hoy la llamamos, aunque conserva su radical de origen, se reviste con el ropaje de los nombres geográficos de la antigua Grecia, terminando con la partícula *ida*, que tanto abundaba en el país de los helenos. Copiosa lista de esos nombres podría citar en comprobación; los cuales, observaré de paso, eran al propio tiempo patronímicos. Por ejemplo, allí tenemos á Dórida, que es el país de los descendientes ó súbditos de Dorus; Elida, de los descendientes del rey Eleo; Lócrida, del rey Locrus; Argólida, país de Argos; Pelasgiótida, de los pelasgos; Fócida, de los focenses; y así otros muchos, como Cólchida, Megárida, Propóntida, Táurida, etc., etc. El nombre de la isla, cuyo primer rey fué Atlas, sufrió la indicada modificación al sernos transmitida su lacónica historia, como ha dicho Critias, pero ese cambio no fué completo y sólo alcanzó á su desinencia ó forma terminal, para acomodarlo al eufonismo helénico, dejando siempre entrever con toda claridad su primitiva raíz, como va á verse en seguida.

Es fuera de duda que esta raíz es de filiación nahoa, pues solamente se halla en este idioma, y solamente en él se obtiene su más adecuada significación. Con efecto, Atlántida, según la formación de los nombres griegos de esta especie, viene de *atlatlan*, palabra nahoa compuesta de *atlatl*, reduplicación de *atl*, agua, y de la posposición ubicativa *tlan*, ó bien de *atlan*, síncopa de *atlatlan*, significando ambos "junto á las aguas ó al mar," aunque el segundo no tiene la energía y énfasis que da al primero la reduplicación de una de sus sílabas, según la índole propia del idioma. La significación referida está justificada por la posición que realmente tuvo el sitio encantador en que nacieron Atlas y su imperio.

Pero la etimología y la significación referidas se encuentran, además, perfectamente comprobadas con la interpretación racional y genuina que debe darse al jeroglífico con que principia la narración del viaje de la raza azteca, el cual consta en lo que se llama Tira del Museo, publicado en mi antedicho opúsculo y en otras obras. En él he dicho:

"El punto de partida del viaje se expresa allí por una isla, pues se representa por un espacio rodeado de agua con una pirámide escalonada en medio y tres *calli* ó casas agrupadas á cada lado, signo de población, estando las familias ó tribus figuradas por dichas seis *calli* y por las dos personas, marido y mujer, pintadas al calce de los referidos signos, los cuales hacen otra *calli* ó familia. Esta tiene por nombre el figurado arriba de la pirámide, que es el del país, transmitido á toda la nación y á su jefe, en comprobación de lo cual puede verse el propio signo representando en la persona de éste á dicha familia durante el curso de la narración hierática, hasta que ella cambió de nombre."

"El jeroglífico puesto arriba de la pirámide, que nada autoriza á suponer sea el nombre de una divinidad allí adorada, puesto que no se ve encima de aquélla templo alguno, y menos es

de creer sea el de Huitzilopochtli, como alguien ha querido decir, el cual para quitar dudas aparece en seguida de la isla figurado especialmente por el huitzitzilin ó colibrí que lo representa; ese jeroglífico, repito, sólo contiene el nombre de la nación ó raza que se rodea de la pirámide aludida, como se va á ver acto continuo. El está compuesto del signo *atl*, agua, y de otro adjunto, que todo podrá ser menos el de *acatl*, caña, como se ha pretendido también, si no es que se tomen arbitrariamente del signo *atl* las ondas que figuran el agua para construir las hojas del *acatl*. El signo que se acompaña al del agua no es otro que el de *atlatl*, una arma arrojadiza, especie de dardo, que junto con el primero da fonéticamente el nombre del país, pues formado *atlatlatl* de la manera expresada, y poniendo *n* en lugar de la última *tl*, para integrar la posposición ubicativa *tlan*, queda *Atlatlan*, lugar de origen de los *atlatecas*, ó bien *aztatecas*, como son llamados en ciertos anales antiguos."

Con el transcurso de numerosísimos años, *Atlatlan*, poco eufónico y con un significado cuyo origen ya no era bien comprensible, se fué cambiando en *Aztatlan* y en *Aztlan*, nombres de una significación más común y de más fácil pronunciación, que es la tendencia de todos los idiomas en sus transformaciones seculares. Y tan es cierto el cambio de que hago mérito, que á pesar de que estos últimos, esto es, *Aztatlan* y *Aztlan*, significan propiamente lugar de garzas, nunca se ha visto una garza figurar en los jeroglíficos en que se halla consignado el comienzo de la peregrinación azteca, y sólo se advierten los signos del primero, esto es, de *Atlatlan*.

Según he dicho al principio, yo no había leído á Platón cuando en mi opúsculo "Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa" emití por primera vez mi opinión acerca de la procedencia y significado del nombre de la famosa isla, tal como acabo de manifestar. Pero después que en la parte concerniente de dicha obra he hallado que el primer rey atlántico fué *Atlas*, siento por esta circunstancia más robustecidas mis convicciones en el sentido expresado, pues encuentro que

las radicales de *Atlan* y *Atlas* son con toda evidencia idénticas, y sus terminaciones sólo vienen á diferenciarse, en el uno para indicar una población ó una comarca, y en el otro para mencionar el sujeto que de ella recibió su nombre y la gobernó desde sus primeros tiempos. La Atlántida, pues, en griego, y Atlatlan, Aztatlan ó Aztlan en nahoa ó azteca, son una misma cosa, esto es, el país del rey Atlas, la isla sumergida que en un tiempo feliz brilló por su esplendor y gloria.

Aquí viene á propósito la cuestión sobre si el Chicomoztoc ó las Siete Cuevas, de donde también se decían oriundos los aztecas, se hallaba situado en Aztlan, constituyendo ambos una misma comarca. Pero yo hallo que esta confusión es racionalmente imposible. Porque en Aztlan, como he indicado, había diez estirpes, procedentes de los diez jefes, hijos del fundador del imperio y encargados del gobierno de las diez provincias en que éste fué dividido; mientras que en Chicomoztoc sólo se habla de siete estirpes, razas ó familias. Además, en mi opúsculo antes referido, he creído haber demostrado que el lugar de las siete cuevas no ha existido geográficamente en ninguna parte, no debiendo tenerse más que como el significado de la organización septenaria que afectaba darse siempre la dicha raza. Así es que el Chicomoztoc bien pudo estar en Atlatlan, donde se salvaron de la inundación siete individnos, familias ó pueblos; en el Gila, asiento de siete ciudades donde vivieron por mucho tiempo los peregrinantes; en el camino que siguieron los toltecas, de la misma raza, por Sonora y Sinaloa en número de siete agrupaciones; en la demarcación de Culiacán, de donde salieron para continuar su viaje siete tribus nahoas, siendo aquí, en la costa del Golfo de California, donde con más insistencia se sitúa su ubicación.

III

Extensión é influjo del imperio atlántico.—Huellas geográficas y lingüísticas en Europa. -Huellas geográficas y lingüísticas en América.

El influjo y la extensión del imperio atlántico debieron ser inmensos. El Relato expresa que su poder no se ceñía al terr - torio ya bien dilatado de la isla, sino que abarcaba los de otras muchas, y aun algunas partes del continente que hoy llamamos americano. También dominaba numerosos territorios por el lado opuesto y era dueño del África hasta lindar con el Egipto, y de la Europa hasta ocupar la Tyrrhenia (Italia). Consecuencia necesaria de este dominio debió ser, que se implantase en las naciones conquistadas el idioma atlántico, y así fué en efecto, aunque sus huellas no son ya tan numerosas en aquellas comarcas en que han debido ser borradas por nuevas invasiones de diferentes razas, lo que sucedió principalmente en Europa.

Entre las huellas geográficas, lingüísticas y etnográficas que los atlantes dejaron en el Viejo Mundo, encuentro las siguientes:

El Atlas, nombre de la elevadísima montaña al Noroeste de Africa, que daba frente á la isla conquistadora, se ve como el más conspicuo de esos restos, y la enorme mole no tanto semeja á un gigante que sustenta con su cabeza la bóveda del cielo, según la leyenda, cuanto representa el altísimo poder del gran rey de quien le vino su propia denominación. El Atlántico, en cuyo seno duerme escondida la que fué señora de los pueblos bañados por sus olas, es otra reliquia geográfica, cuya etimología no se explica sino por la transmisión del nombre de la isla sumergida.

Cádiz, en la costa occidental de España, no fué una ciudad fundada por los fenicios en 1,100, como han dicho algunos escritores, sino reconstruida en esa época, después de haber sido sitiada y tomada por ellos, según Vitruvio citado por Jubainville en su obra "Les premiers habitants de l' Europe." Sus principios no aparecen en la historia y deben por esto haber sido remotísimos; pero su nombre acusa un origen completamente atlántico, pues primero fué conocida con el de *Gadir*, que era el de uno de los diez hijos de Neptuno, á quien tocó gobernar la extremidad de la Atlántida hacia las Columnas de Hércules, según el Relato de Platón. Este nombre se convirtió en Gadeira por los griegos, Gades por los romanos, y en Cádiz por los españoles en la actualidad.

El vascuense es un idioma primitivo, que tanto se habla en ciertas provincias del Norte de España, como del Sur de Francia. La filología no le conoce afinidades con las lenguas europeas, sino con las americanas, especialmente con el nahoa, originario de la Atlántida, y no precisamente por la semejanza en las palabras, que se alteran más ó menos prontamente, sino por su fisonomía ó armazón gramatical, que es más duradero. El mismo pueblo vasco, resto de los iberos que poblaron en cierta época el Sur de Europa y representan la invasión atlántica hasta la Tyrrhenia, no tienen un origen común con los demás pueblos de ese continente, y reclama una procedencia totalmente diversa, que no puede ser otra que la del país hundido en el océano.

En la Guyena, provincia de la Francia meridional, "ni el origen de sus habitantes, dice Gregoire, ni su posición geográfica, ni su historia, permiten la confusión de estos franceses con los franceses del Norte." En Gascuña, "sus habitantes son más de origen ibero que de origen galo. Hácia el siglo VI fundaron allí los vascos el ducado de Vasconia, que fué más tarde Gascuña." Los habitantes del Bearn y la Navarra francesa hablan el vascuense como sus vecinos del otro lado de los Pirineos.

Muchísimos nombres geográficos terminados en *c* hay en el

Sur de Francia, que también fué asiento de la inmigración atlántica; yo he contado más de cincuenta. Esa terminación ubicativa es característica del idioma azteca ó atlateca, cuyo origen ya se ha dicho.

Entre los vascos, la numeración consiste en la combinación nahoa del 4 y del 20; y entre los franceses aún queda un residuo de esta manera de contar desde el 60 hasta el 100.

Por el lado de América tienen un realce especial y más visible esos rastros, estampados no sólo por las invasiones de los atlantes á que se refiere Platón, sino también por sus inmigraciones á los países de Occidente en México y Centro-América, cuyo recuerdo se conserva en antiquísimas tradiciones. Pero de estos vestigios, ningunos son más numerosos, más interesantes, ni más congruentes á nuestra demostración, que los que nos ha dejado la última y más reciente de esas inmigraciones, datando de la época en que la que hoy se llama raza azteca, se salvó de la inundación sufrida por su patria primitiva, peregrinando después por varias regiones del Norte en esta parte del mundo, y viniendo á fundar por fin hacia el Sur, en tierras de Anáhuac, los imperios entonces más poderosos, según refiere la historia.

Tanto en la República Mexicana como en la América Central, y donde quiera que ha sentado su planta esa estirpe, abundan los nombres geográficos *Atla* ó *Atlan*, así sencillamente, ó compuestos con otra posposición ó nombre, pero significando todos "cerca del agua ó mar," como el *Atlatlan* de los aztecas y la *Atlántida* de los griegos, pues *atl*, que es la raíz, tiene un sentido genérico, aplicable al mar, al río, al pozo de agua, etc., según las circunstancias de los lugares de que se trate. Tales son, por ejemplo: *Atlapan*, sobre el agua; *Atlapanco*, canal de agua; *Atlaco*, en el arroyo; *Atlacomulco*, en el pozo; *Atlatengo*, á orillas del agua; *Atlamajac*, confluencia de aguas, junta de ríos; *Atlamica*, agua muerta; *Atlacholoayan*; donde chorrea el agua; *Altata* [*Atlatlan*], cerca del agua. Pueden citarse muchisímos

más, y aun otros cuya radical, alterada por el uso, es sin embargo idéntica á la expresada.

Es notorio que en Europa abundan menos los nombres de lugar que revelan dicha procedencia, y la causa se comprende fácilmente. Allí existió en tiempos mucho más remotos la dominación de los isleños, que sucesivamente después han sido reemplazados por otros pueblos en la posesión del terreno, borrándose con ésto los recuerdos etnográficos precedentes. Pero en México, la última raza, la azteca, esto es, la atlántica, la que se desprendió de la isla al hundirse, la que peregrinó por el Norte de América sin hallar allí la tierra que su dios le había prometido, la que por fin pobló hacia el Sur en el Anáhuac y otras regiones, esa raza es la que ha debido dejar y ha dejado en los nombres de sus pueblos muchas imitaciones de el del lugar de su origen, muchos recuerdos de su antigua patria en el Oriente en medio del océano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez